

gos jamás han reformado ni evitado nada. Ahí está la persistencia en la delincuencia a pesar de todos los esfuerzos legales con crueldad y castigos.

No es necesario insistir más sobre el particular, pues demasiado conocidas son las causas del delito, y fácilmente se comprende, co-ociéndolas, que la ley no puede hacer nada contra ellas.

Si la legislación no impide el delito y ni siquiera es capaz de resaca a las víctimas de la delincuencia ¿para qué pueden servir las leyes sobre las relaciones entre los hombres? Porque toda ley de este género, tiene—en su espíritu—a impedir que un hombre en sus relaciones con otro, abuse o lo veje en alguna forma; y si la ley no puede impedirlo, ¿para qué sirve?

Si pasamos de las leyes sobre las relaciones de los hombres a las que tratan de las relaciones de los hombres con las cosas, nos encontraremos con la misma idéntica inutilidad.

No hemos de repetir los argumentos anteriormente verificados, aun cuando éstos puedan aplicarse exactamente igual, ya que el fundamento de la cuestión es el mismo, y de que en toda relación de hombres y cosas, hay también una relación de hombres y cosas.

Las leyes sobre las cosas son comúnmente leyes impositivas, leyes económicas, leyes regulando el uso y posesión de ellas por los hombres.

Estas leyes tienen por su mismo carácter un efecto perjudicial y persistente sobre los únicos hombres capaces de dar algún valor a las cosas, sobre los trabajadores que por el hecho de ser tales, hacen producir a las cosas.

Eximid de impuestos a los artículos llamados de primera necesidad, desde la vivienda del pobre al pan, y no habréis cambiado ni en un ápice la situación de los obreros.

Gravada la renta, el campo sin laboreo, el artículo de lujo, y no habréis por eso, aminorado ni en un céntimo, la carga que pesa sobre los productores.

Todos los diputados, todos los financieros, todos los socialistas, son impotentes para variar esta ineludible ley económica: únicamente del trabajo, que es el creador de todo cuanto existe, es posible sacar algo.

Engañan consciente o inconscientemente a los trabajadores, quienes les ofrecen leyes impositivas que los favorezcan.

Si los gastos del Estado son extraídos de la renta, del lujo, del terreno sin cultivo, el rentista, el comerciante, el propietario, se desquitarán mermando el jornal del trabajador, encareciéndole el alquiler, haciendo producir el terreno inculco y determinando así lo que originará una crisis en la que los trabajadores serán las primeras víctimas.

La ley no puede impedir la aplicación de maquinarias que, como las cintas eléctricas, dejan en la calle millares de obreros.

La ley no puede ni aun regular los salarios y horarios de trabajo, porque sobre ella está la conveniencia de los capitalistas y la misma necesidad de los obreros que les hace ser los primeros en dejar que se falsee la ley.

La ley sólo sirve para cimentar el derecho de propiedad e impedir por lo tanto que los trabajadores posean lo que ellos mismos producen.

La ley de las relaciones entre los hombres y las cosas, es inícuo e irreformable, pues por más reformas que se pretendan introducir, en tanto las cosas no sean dejadas libres para que las posean los capaces de hacerlas producir, siempre los hombres se encontrarán atados en sus relaciones con ellas y a merced de aquellos a quienes la ley considere como poseedores.

Para que las cosas sean libres, para que las relaciones de los hombres con ellas sean naturales y libres, para que la explotación del hombre por el hombre acabe, es preciso que se anulen las leyes sobre las cosas y sobre las relaciones entre los hombres y éstas.

¿Puede el parlamento anular esas leyes? No; porque su tarea es legislar, que es todo lo contrario de libertar.

Y en tanto no se liberte, la ley no podrá más que variar la forma, pero nunca hacer que las cargas públicas y privadas dejen de pesar sobre la producción y por lo tanto sobre quienes ésta crea, sobre los trabajadores, ni podrá por lo tanto impedir ni aminorar la explotación del hombre por el hombre, pues ésta es la consecuencia inmediata de la legislación sobre las cosas, de las relaciones del hombre con ellas.

El hombre en sí, en su ser íntimo ¿es legible?

La parte pensante de nuestro ser, está fuera de toda legislación, y cualquiera ley que contra ella atente es ley absurda, ley sin fuerza efectiva.

Las ideas son tan sutiles, que no hay ley que pueda aprisionarlas.

El parlamento es incapaz de legislar sobre ellas y todo cuanto en ese sentido haga es inútil.

Concluimos, pues, para no hacer excesivamente extenso este artículo.

Si el parlamento no puede hacer nada más que leyes y las leyes o son anodinas o perjudiciales, ¿para qué el parlamento? Votar es sancionar voluntariamente una inutilidad y un perjuicio. No votéis, pues, ciudadanos.

EDUARDO G. GILIMON

Contra la indiferencia

Amad u odia; aborreced o idolatrad; sed reaccionarios acérrimos o sed nihilistas indomables; sed todo lo que queráis pero sed hombres. Tened convicciones propias, luchad por un ideal, cualquiera que sea, elevados sobre las pasiones bestiales que en nosotros se agitan aún, como herencia morbosa de la ancestralidad.

Infinitas veces estuve a punto de gritar esas palabras a mis semejantes, a esta masa inmensa y servil que siempre, por falta de opinión propia, se colocó del lado del más fuerte. Porque prefiero un adversario convencido y sincero al animal homonizado a quien «no le importa nada»; prefiero el luchador ardiente y apasionado al cadáver-automata a quien «todo le es indiferente». Y le prefiero por dos causas: la primera por afinidad de temperamento; la segunda, porque mientras un hombre piensa, aún equivocadamente, hay en él vida intelectual, actividad, funcionamiento de las facultades mentales, y en esos casos, siempre es posible hacer variar el parecer equivocado, o el pensamiento absurdo.

Pero del que no piensa, del que mata por inercia sus células cerebrales, del que paraliza su inteligencia, llegando a transformar su materia gris en substancia amorfa, nada se puede esperar; ningún impulso propio, ninguna conducta consciente, ningún concepto original, ningún invento nuevo.

La obediencia pasiva le ha atrofiado por completo, y su razón ha desaparecido por falta de uso, como desaparece, transcurriendo el tiempo, los órganos físicos hechos inútiles.

Y esto es la mayor dificultad con la cual tropiezan los sembradores de ideas. Las masas plebeyas, embrutecidas por la miseria y la educación oficial, han sido los obstáculos más terribles al progreso de los ideales, pues, acostumbradas a obedecer, siguieron siempre las minorías a quienes que sabían imponer haciéndose el brazo ejecutor de los que por ellos pensaban. En ellos palpita aún, vivaz y triunfante, el espíritu fatalista de las religiones.

Sea un absurdo negarlo sistemáticamente: la costumbre de obedecer, la costumbre de entregar toda la carga y la responsabilidad del funcionamiento de la máquina social a representantes o a jefes, ha destruido en nosotros semejantes al atrevimiento y la iniciativa que son como los nervios de la voluntad y del pensamiento. Por este motivo nuestras ideas seducen pero no convencen a la mayoría de quienes aquellos propagamos. Para ser anarquista, se necesita ser hombre consciente y fuerte, capaz de dirigirse sin el auxilio de pastores; tener un claro y justo concepto de los deberes y de los derechos que reciprocamente existen entre el individuo y la sociedad. Esto exige un perfeccionamiento que no se puede obtener sin un constante esfuerzo personal, destinado a destruir en nosotros el sello de la sumisión.

Y lo sabemos: hoy, pensar asusta a los hombres. Antes de ser ellos mismos, el miedo al pensamiento los domina tanto, que prefieren matar o hacerse matar; siempre dispuestos a aceptar, y sufrir todas las bajezas, todas las servidumbres.

Y con este mal tenemos que acabar, empezando a dar el ejemplo nosotros mismos, sin tardanza, sin habladurías inútiles, preocupándonos más, siempre más de las cosas de este mundo, acostumbrándonos a estudiar, analizar o resolver los múltiples problemas mayúsculos o minúsculos que incesantemente se presentan ante nosotros, no dejando pasar, sin pensar en él, el menor incidente, combatiendo esta pereza intelectual cuya consecuencia directa es la indiferencia absoluta y cobarde.

Si, anarquistas, anarquizantes, simpaticantes, seres humanos, todos: sed todo lo que queráis, pero sed hombres, pero inquietos, y no paséis al lado de cualquier cosa sin sentir un dolor o un placer, pero odiad, amad y luchad, intensamente, potentemente; así gozaréis la vida bella y fecunda de los seres superiores; así enseñaréis al mundo el camino de la emancipación verdadera.

GASTON LEVAL

A nuestro objetivo

El mayor contrasentido, la más grande aberración humana y que más doloroso espectáculo ofrezca, es contemplar al hombre en ese estado de prostración, de sumisión y anemia en que se encuentra frente a este gravísimo momento histórico en que se debaten intereses morales y económicos; en que se desarrolla la tragedia más gigantesca que vieron los siglos; insensible al problema de la justicia, de la esclavitud y de la miseria; fantasmas monstruosos y pesadilla horrible de siglos para una parte, la más numerosa de la humanidad.

¿Qué causa, qué hecho, qué factor hay que justifique esa actitud antivital, ese gesto indiferente, esa impasibilidad ante el pavoroso problema del dolor y de la aflicción que a la humanidad embarga?

Muchos, muchísimos años de propaganda, de exposición de ideas y principios, han puesto de manifiesto, con innegable clarividencia, un nuevo panorama de vida social, han señalado un objetivo único en que esos horrosos fantasmas desaparecerán y los hombres tendrán justicia, ¡toda la justicia! Pan, ¡tudo el pan! Y libertad, ¡toda la libertad! Este es el sustantivo ideológico con que se ha alimentado al pueblo durante muchísimos años, al mismo tiempo que se apuntaban las infinitas modalidades, eficaces y lógicas, para las luchas por su consecución. No se negará, pues, a ignorancia las causas determinantes de todo.

¿Cuál es, pues, la causa?

De uno a otro lado, de extremo a extremo de la tierra, déjase oír un quejido horrendo de grandes legiones, víctimas del viejo monstruo; del mal social que las atormenta; de ese mal, causa de tantos dolores, de tantos sufrimientos; factor de tanto crimen, de tanta infa-

mia, de tanta ignominia y de tanta injusticia; que busca su último refugio en el corazón de los débiles. Los débiles son mayoría; podrían libertarse... Sin embargo, se vacila, se duda... ¿Por qué?

Una respuesta sintética, puede, según yo, darnos satisfacción categórica y convincente: el falso y erróneo concepto que el hombre tiene del valor social.

Observemos este pequeño dato psicológico. El hombre, en sus luchas por la existencia, adopta, por una falsa educación en el instituto de conservación, todos aquellos medios más fáciles que menos obstáculos e inconvenientes puedan ocasionarle. Por que, generalmente, tampoco se tiene el concepto de dignidad.

Una obra que dignifique y eleve a su autor o autores, más digno y más elevado cuantos más obstáculos haya que vencer cuando es realizada por sí mismo, de hacerla, si le es posible que alguien la haga por él, aun que éste de los resultados, antes de exponerse él mismo.

Un hecho análogo se ofrece en la vida diaria. Se soporta con el mayor estoicismo, el ignominioso yugo de la tiranía; se sufren con resignación, los rigores de una vida indigente y miserable, ante el temor de sucumbir por los efectos de un gesto altivo y rebelde; como resultado de la inacción se arrastra una vida humillante... Esta equivocada apreciación del valor, es una de las principales causas de esta quietud, de esta indiferencia colectiva que anonada.

Se sabe, porque se ha dicho y repetido hasta la saciedad, tanto que no lo ignora la mentalidad más anárquica, cual es y donde radica el origen del mal; se sabe por qué no hay pan, ni libertad, ni justicia; se ha dicho quienes somos, y los medios de que disponemos para combatir y destruir tanto mal. Sin embargo, contemplamos ensimismados este período culminante de la historia. Mientras tanto, el monstruo del mal, que se eterniza a falta de un empujón de sus víctimas, estruja, troncha, aniquila a nuestra generación... Ante esto, sufrimos, en el paroxismo de un dolor desesperante...

Una voz vaga surge en éste, como en todos los momentos semi cóticos y de incertidumbre; pero no es, preciso es evidenciarlo, —y esto viene a corroborar lo anteriormente expuesto— nuestra voz revolucionaria y salvadora, propagada con las locas vehemencias de convicciones profundas; es la voz de la mentira, la voz de los falsos flibusteros de la política, que con palabras se proponen redimir al mundo... son los que siempre aprovechan las indecisiones populares. Oigamos sino, los sendos y tremendos artículos del servilismo periodístico, y los gritos tribunicios de esta plaga de Alarcabas y Demóstenes de nuestro siglo, electrizando sustancialmente a las colectividades; hablan de revoluciones, de derrumbar instituciones como única solución eficaz ante el presente y para un porvenir de ésta o la otra nación; hablan, en fin, de todo aquello que ha constituido y constituye nuestro objetivo inmediato; lo fingen y falsean este objetivo. Son psicólogos profesionales de las multitudes. Y el pueblo, extasiado, alucinado, aturrido por los discursos fulminantes, los aclama. Y más los aclama, cuanto más alardean y afirman nuestros principios revolucionarios. Y es que no propagan la revolución en el pueblo, por el pueblo y para el pueblo mismo, como nosotros; saber que este sistema, el nuestro, es algo contraproducente para sus fines.

Decirle al pueblo: haz la revolución si quieres salvarlo, no es lo mismo que decirle: nosotros haremos la revolución y te salvaremos. Ellos lo saben muy bien, esto.

Pero para ganarse el asentimiento y la voluntad del pueblo, alardean y afirman principios revolucionarios, que parecen salvadores. ¿Qué haremos nosotros ante este hecho, y para imponer nuestros principios? Le hacia nuestro objetivo; procurar que el pueblo diga lo antes posible: ¡Farsantes! ¡La revolución hemos de hacerla nosotros, y para nosotros!

TEOCRITO

El sueño de Juan

En el taller donde yo trabajo y junto a la máquina que mis manos hacen producir, pensaba yo un día en lo desgraciado que es el hombre; en pago de un misero jornal, se cree obligado a dar a otros hombres todo el provecho de su trabajo; es vergonzoso saber que hay hombres que gozan de una vida llena de felicidades, mientras que el obrero que con sus fuerzas físicas arranca los materiales de las entrañas de la tierra, los fabrica, los confecciona, de todo carece, hasta de lo más necesario, como es la alimentación del cuerpo, la vivienda higiénica, la educación de sus hijos...

Al pensar en estas injusticias, que no son naturales, amparadas siempre por la ley de la fuerza, me avergoncé de mí mismo, cerré los ojos, y mil ideas cruzaron por mi cerebro. No quisiera recordarlas; no puedo escribirlas. Lo único que diré, es que al volver de mi profunda meditación, me pareció que no estaba en el mismo taller, que me encontraba en una verdadera sociedad armónica, en una nueva vida.

Para convencerme de si era sueño o realidad lo que me pasaba, me dirigí hacia la calle; al salir quedé asombrado.

Aquellas no eran las calles sucias, mal olientes, de antes; los edificios que a mi vista se presentaban, tampoco eran los edificios negruzcos, mal contruidos y anti-higiénicos que antes había visto.

Muy al contrario, las calles eran anchas, limpias, llenas de hermosos jardines. Los edificios, ¡oh! aquello me pareció un encanto; eran palacios, verdaderas obras de arte.

La gente que por allí pasaba era completamente diferente. Sus rostros estaban alegres y sonrientes; se notaba un ambiente de alegría y de felicidad.

Dispuesto a enterarme de lo que ocurría andaba por aquella calle, y al llegar a una grandiosa plaza vi que centenares de hombres trabajaban afanosamente. Todos parecían satisfechos de su obra. Los contemplé un momento y me acerqué admirado a un anciano para pedirle una explicación; quería saber lo que representaba todo aquello tan extraño para mí. Comprendiendo tal vez mi intención, se acercó, siempre sonriendo, y muy amablemente me dijo:

—Os admira todo lo que veis, ¿no es cierto?

—Si, es cierto —contesté.— Desearía saber qué significan estos grandes palacios, porque edificios como estos, no deben ser habitados más que por gentes muy ricas.

—Estos edificios —me contestó el anciano— son ocupados por el primero que viene a habitarlos. Todos tenemos derecho a ello, y cuando una de sus grandes habitaciones se desocupa, al primero que le acomoda puede ir a habitarla, siendo el único dueño mientras allá vive, dejando de serlo cuando se marcha.

—Entonces, ¿quiénes son los propietarios de estos palacios?

—La Naturaleza todo lo ha creado. Los hombres han plantado sobre la tierra los árboles; otros hombres los arrancaron; otros sacaron la madera de sus troncos. Unos arrancaron la piedra de las grandes canchales que la Naturaleza nos ofrece; otros la tallaron y todo fué empleado en la construcción de esos grandes edificios. Los mismos procedimientos se han seguido con todos los demás materiales necesarios para el ser humano. Nadie trabaja por cuenta propia, sino que cada uno trabaja para todos, en indisolubles lazos de unión y amistad, y por este motivo todos tenemos derecho al goce de lo que la Naturaleza nos brinda.

Hasta aquí había llegado, cuando la sirena del taller, con su sonido ronco, avisaba la hora de comer; pasándose una mano por los ojos, como si despertase de un profundo sueño, vi con amargura que estaba en el mismo taller, junto a la misma máquina, y al reparar en los rostros de mis compañeros, en aquellos seres pálidos, tristes y agotados, me pregunté a mí mismo: ¿Cuándo se verán los hombres libres, en una sociedad libre? ¿Cuándo la humanidad romperá las cadenas que la oprimen? Creí oír de nuevo la voz del anciano que decía: «El día que los hombres quierán; sólo falta que se decidan y encaminen sus pasos hacia la Acracia».

Así nos dijo Juan que había soñado en un día de primavera, cuando es más duro el contraste entre la belleza de los campos libres y la tristeza de los hombres esclavos.

GRUPO ENERGÍA

Los folletos últimamente editados son: La Anarquía y la Iglesia, por Reclus, 10 céntimos; De la patria, por Ilamón, 15; La Anarquía, por Reclus, 15, y Las bases morales y sociológicas de la Anarquía, por Gori, a 15.

También hemos recibido una partida del folleto Farsantes a la picota (el 19 de Julio), escrito por el compañero Eusebio C. Carbó, que expendemos a 10 céntimos ejemplar.

Dos actos importantes

EL MITIN

Como estaba anunciado, el jueves por la mañana, en Sans, se celebró un mitin anarquista. Habiendo prohibido el delegado de la policía sobre determinados temas de actualidad, el resultado del acto fué, acaso por esta razón, más definitivo, más grande, toda vez que quedó reducido a hacer doctrina, propaganda, labor, obra anarquista.

Tomaron parte compañeros y compañeras y todos y cada uno de ellos en su discurso, analizando, estudiando el tema escogido, explicaron las luchas, las evoluciones progresivas, las revoluciones hechas por el proletariado.

Aduciendo datos históricos, recordando épocas pasadas, se sacaron consecuencias, enseñanzas, ejemplos de la razón que asiste a los anarquistas en todas sus concepciones para el futuro; del derecho que tienen todos los hombres a la libertad, al bienestar, en un porvenir de justicia y de amor.

Se hizo crítica de la actuación de todas las fuerzas adversarias, que para ahogar los generosos entusiasmos de los que luchan por la verdad, recurren a todas las armas, por indignas, por bajas que sean. ¡Como si la verdad pudiera ser arrollada! Se obscurecerá a veces su camino, se encerrarán otras, o las que la acompañan, pero no puede eliminarse. Porque la verdad es el progreso y el progreso marcha.

También de la civilización actual, este estado de salvajismo prehistórico, se hizo una acertada crítica por alguno de los oradores. Se proclamó altivamente la necesidad de que sea pronto el advenimiento de la Anarquía, sociedad armónica que ahora preconizamos y que tendrá la virtualidad de poner término a tanto mal, a tanta injusticia, a tanta angustia, a tanta tristeza como ahora atormentan a los hombres y les hacen juguetes de pequeñas pasiones absurdas, de pobres ideas lógicas, de imperfectas, rudimentarias formas de vivir.

Se habló también de la explotación que pesa sobre las mujeres, de las largas, agotadoras jornadas de trabajo, de los miserables jornales, de este estado miserable en que se encuentran los hogares proletarios, de los abusos incalificables que se cometen en las grandes industrias, de la insalvable voracidad del capital que exprime gota a gota el sudor de las obreras, como primera materia de las monedas que han de llenar de oro las arcas.

Fué un acto, en fin, de propaganda libertaria, bien sentida y bien expresada por todos los que hablaron. Actos así deben sucederse para extensión y siembra de las ideas.

LA CONTROVERSIA

El viernes, día 10, por la noche, en el Cine Montaña, tuvo lugar la anunciada controversia, discutiéndose el tema acordado.

Tanto Escorza, por los socialistas, como Pestaña, por los anarquistas, mantuvieron

la discusión a una altura desacomunbrada en actos de esta naturaleza.

Escorza y Pestaña demostraron conocer a fondo las teorías marxistas, origen de la controversia.

Cada uno de los oradores aportó multitud de datos en defensa de la tesis que sustentaban. En resumen: el acto, más que una controversia, resultó ser de propaganda emancipadora. Desde diferentes aspectos los dos oradores hablaron de la necesidad de la emancipación del proletariado. Estudiaron los antecedentes de la Internacional de los Trabajadores, los distintos movimientos que la habían precedido desde la Grecia hasta su fundación. Analizaron el manifiesto comunista y la obra «El Capital» dando cada uno, sobre ambos estudios acertadas opiniones.

En lo único que discreparon Pestaña y Escorza, fué en la necesidad o inutilidad de un Estado cuando se viva ya en comunismo. Escorza dijo que era precisa su existencia, pero que había de ser algo así como una autoridad moral que regulara y dirigiera las relaciones entre los hombres. Pestaña, interpretando la doctrina anarquista y los ejemplos del pasado, afirmó, no sólo que no fuera necesario, sino que también la convicción de que sería perjudicial toda autoridad que existiera en el futuro, como lo es ahora, como lo fué en el pasado. El medio hace al hombre. Si el hombre se coloca en un medio viciado acaba por serlo él también. Todo representante acabaría al final en tirano.

Y éstas fueron las más rotundas afirmaciones que se hicieron en el acto.

Claro está que dada la actitud en que ya de tiempo están colocados los socialistas podía haberse dicho más. Pero hubiera sido una duda extemporánea, porque Escorza no daba margen para poder combatir la labor del socialismo que se sigue llamando marxista, habiendo abandonado ya hace tiempo los principios de Marx.

Escorza defendió las teorías del autor de «El Capital», y puesto en este terreno, aparte de la discrepancia ya señalada, apenas si podía haber ninguna otra. El socialismo de Escorza, en la controversia, no es el socialismo corriente; no es tampoco ni mucho menos el socialismo de la Unión General de Trabajadores. Por eso en lugar de una discusión acalorada, reñida, como hubiera sido en otras circunstancias, fué un acto de propaganda y de cultura.

El público, que era numerosísimo, escuchó a ambos oradores con verdadera atención.

¿A qué se tiende?

De algún tiempo a esta parte, desde que fué levantado el estado de guerra que pesaba sobre Barcelona, se suceden, con demasiada frecuencia, hechos incalificables llevados a cabo por las autoridades, en perjuicio de los obreros, ya sea suspendiendo sus reuniones, sus asambleas o sus congresos.

No acertamos a explicarnos las causas que puedan dar origen a esta manera extraña de proceder, y se nos ocurre preguntar: ¿A qué se tiende? ¿Qué miras, qué intenciones se persiguen, obrando así?

He aquí lo que el Comité de la Federación Nacional del Arte Textil y Fabril de España comunica a la opinión pública.

Es el último caso de esta naturaleza que se ha llevado a efecto.

Reunido el Congreso del Arte Fabril y Textil en pleno, protesta del atropello y de la arbitrariedad cometida por el delegado gubernativo suspendiendo el acto cuando se estaba celebrando el mitin de clausura. ¿Causas? ¡No las hubo! ¡No las pudo haber! Parece que se tenía el propósito de llevar a cabo dicha suspensión, y para ello se buscó el pretexto de que un compañero delegado hizo comentarios acerca del aparato número de fuerzas de que estaba rodeado el local, donde se celebraba el mitin.

Lo que se acaba de hacer es como dijimos antes, una arbitrariedad que no tiene precedentes.

Parece que hay el deliberado propósito de matar todo lo que signifique reivindicación obrera. Y en tanto subsisten las causas que nos conducen a la miseria, sin que nadie se preocupe de ello, se atropella de una manera indigna, todo intento por nuestra parte, para poner remedio a tan dura situación.

Hemos de censurar dicho proceder de la autoridad, y el gesto incalificable del delegado gubernativo, que hasta exhibió un arma de fuego. Juzguen todos los hombres conscientes.—El Comité.

RÁPIDA

EL DOLOR

El dolor no es natural en el hombre. No puede serlo. El dolor ha sido únicamente creado por el estado desequilibrado en que se encuentra la sociedad.

Las cadenas sociales han levantado una terrible carriñete al dolor. El desnivel de la Humanidad ha hecho germinar esa llaga del sufrimiento en todos los pechos.

Sufrimos cuando somos jóvenes al ver que la sociedad nos priva completamente de realizar estudios o carreras que luego aseguren el curso de nuestra existencia. Sufrimos un cruel desengaño al ver que nuestros sueños de amor no podrán realizarse debidamente y como se merecen, porque las tenazas inflexibles de esa sociedad nos hacen ver una realidad que no debería existir.

Y cuando hombres ya, sabemos lo que debemos hacer: padecer, sufrir tremendas humillaciones, no poder atender satisfactoriamente nuestras necesidades y las de nuestros hijos que, desgraciadamente, su-